

calenturas. No daba menos cuidado á sus padres el natural perezoso, flemático, abobado y juntamente áspero é intratable de la muchacha. Y temían iría creciendo con los años y la sería gran inconveniente para poder tomar estado y acomodarse, como ellos deseaban. Trajéronla al túmulo donde estaba Rosa para que tocase el cadáver virginal antes que la enterrasen. Tocóla y á vista de todos desapareció el achaque; convaleció luego, y después de vuelta á casa no volvió á sentir en adelante la dolencia que hasta entonces la había molestado. Y lo que más es, se corrigió la aspereza de su condición, trocándose en suavidad apacible, agrado placentero y afabilidad tratable.

Parece que con estos prodigios clamaba Rosa, diciendo desde el túmulo: «Dejad que los pequeñuelos se lleguen á mí.» Por lo que venían en tropel, y á porfía los iban pasando de mano en mano, con lo que quedaban libres de dolencias y achaques. Entre éstos un niño de nueve meses, hijo de Francisco Cardoso, por espacio de tres meses continuos había luchado contra la fuerza de la calentura; apenas tocó el sagrado cadáver cesó de llorar y se halló sano con admiración de todos. Y no sólo esto, sino que al día siguiente el mismo niño, á quien traía en los brazos una esclava negra, con ademanes y señas pedía que le pusiesen en el suelo. Apenas le había tocado con las plantas, cuando comenzó á andar él sólo por el patio de la casa, sin ser necesario que de allí adelante le trajesen en brazos; y es, que el día antes Rosa había comunicado al niño fuerzas extraordinarias cuando le libró de las calenturas que le tenían consumido y abrasadas las entrañas. De este modo se realizó el que tiernos infantes, y niños pequeños daban el colmo perfecto á sus alabanzas, clamando con los milagros que en ellos obraba.

Pedro de Vega, un año antes de la muerte de Rosa, de una caída se había desconcertado la juntura del hombro y juntamente perdido el uso del brazo, tanto que aseguraba que no le había quedado brazo sino pa-

ra peso y dolores. Acordándose una noche, porque acaso le avisó la molestia de los dolores, que tenía en casa un rosario que había tocado al cuerpo difunto de la virgen, aplicóle al lugar donde más vivamente le apretaban los latidos. Cesó al mismo punto el tormento, durmió lo restante de la noche con quietud y despertando á la mañana, conoció que el brazo inútil estaba ya con más fuerzas, que sin más remedio se fueron aumentando; de modo, que dentro de pocos días convaleció sin hallar diferencia entre el brazo derecho é izquierdo, cuanto á la agilidad de moverle. En otra ocasión aquejó mucho á la misma persona una recia ciática, hinchándose al mismo tiempo con dolores agudos una pierna. Oprimido con estos males, ni podía el infeliz enfermo pasar un bocado, ni lograr un instante de sueño; pero después acordándose de Rosa y de su rosario fué frotando con él las partes más dolorosas y lastimadas; durmió luego, y despertando por la mañana, se halló del todo sano, y de tal suerte había desaparecido la hinchazón de la pierna, que pudieran jurar que jamás la había experimentado.

Por espacio de siete años afligieron á Elena, negra y esclava de Juan Merino, gran abundancia de lombrices que se le criaron en las entrañas en número increíble; roíanle los intestinos, causándole continuamente flujo de sangre, tan abundante, que la tenían totalmente debilitada y sin fuerzas. Llegó á tanto, que ya estaban perdidas las esperanzas de su vida, principalmente cuatro días antes de la muerte de Rosa, que fué cuando le sobrevinieron recias calenturas, y se le [hincharon] las piernas, lo que suele ser casi siempre señal de muerte. Se habían aplicado á Elena varios medicamentos en los siete años que duró la enfermedad; pero en lugar de hacerla provecho, sirvieron para irritarla más y más; por lo que sentía cada día mayores dolores, porque no aliviaban á la enferma, antes aumentaban el mal. Su amo, sintiendo mucho perder tal esclava, porque era muy servicial y provechosa para su casa, la persuadió

que hiciese una novena en el sepulcro de la virgen, á quien dos días antes habían enterrado. La enferma, deseosa de salvar la vida y de recobrar la salud, con más ánimo que fuerza, comenzó á poner en ejecución el consejo; pero pasados cuatro días protestó á su señor que era imposible pasar adelante con la novena, porque la enfermedad prolija la tenía postrada, la falta de sangre y el flujo la enflaquecían, abrasábale las entrañas la recia calentura, faltábale el aliento y la respiración, los pies hinchados no la dejaban siquiera dar un paso y todo junto la hacía desconfiar de poder llevar adelante su intención devota. Con todo eso, volvió á cobrar brío, ya con la esperanza de verse sana, ya con el ánimo que la puso su ama; y aunque con gran dificultad podía moverse, continuó como pudo los días que faltaban, sin descubrir aun de muy lejos señal alguna de mejoría, antes cada día echaba en más número las lombrices con mayor abundancia de sangre. El último día, estando en el templo en el sepulcro de Rosa, en un momento se halló libre de todos sus males, y del principio de donde procedían los humores perniciosos. Volvió Elena á casa de su dueño, otra de la que aquel día había salido; sin una lombriz, sana de los pies, limpia de calentura y del flujo de sangre; gruesa y fuerte, sin saber de allí adelante qué cosa eran estos penosos accidentes y conservó la salud por largo tiempo.

Navegaba con el P. Fr. Domingo de León, de la Orden de Predicadores, un criado que le acompañaba y era de edad de catorce años; enfermó de calenturas, las que con los movimientos de la nave y del mar, le iban apretando tan peligrosamente, que un día, entre otros, fué tan grande el ahogo, que juzgaron que espiraba; y así llamando á gritos al P. Fr. Domingo, le decían que viniese á ayudar á morir á su criado; y cuando bajaba encontró á Francisco Flores, que le dijo que ya había espirado. Con todo eso pasó adelante el solícito Padre, y halló al mancebo sin habla, sin color, sin respiración ni movimiento, como si realmente se ha-

llara muerto. Dióle á los oídos muchos gritos; pero viendo que en vano esperaba señales de vida, acogiéndose á implorar en su ayuda á Rosa. Rogóla por la vida del mozo, prometió hacerla una novena; al mismo punto respiró el que era tenido por difunto, sentóse el jóven, dejando atónitos á los que allí se hallaron presentes, que fueron: el P. Agnello de Oliva, de la Compañía de Jesús, el P. Fr. Lorenzo de Tejeda, de la Orden de San Francisco y muchos seglares, hombres y mujeres. Pasmáronse cuantos había en la nave, especialmente cuando vieron que salió sano y bueno á la parte superior, restituído á perfecta salud, sin haberle aplicado ningún remedio humano.

Beatriz Gavés padecía por espacio de cuatro años continuos destilación de humores molestísimos, y con los remedios le iba cada vez peor, sin esperanza de tener salud. No sabiendo ya á que recursos apelar, con la mucha gente que acudía á las casas del contador, fué ella cuando Rosa estaba en el féretro para sacarla á enterrar. Allí se encomendó á la virgen con todo el afecto del corazón, tocó el ataúd, volvió á su casa sana y sin sentir después el achaque que tanto la afligía.

Un año después del feliz tránsito de Rosa, Fr. Juan Miguel, religioso de la Orden de Predicadores, obligado por el oficio de procurador y por otros negocios, caminaba de un lugar á otro á caballo por el Valle de Jauja, pasando por los prados del lugar de Berástegui, donde estaba apacentándose una vacada; de improviso le comenzó á seguir muy lijero un toro cerril y bravo. Temía el riesgo, y apretando al caballo las espuelas, comenzó á huir á carrera abierta, encomendándose á Dios y á su sierva Rosa y pidiendo le librasen de aquel peligro. Pero el toro más veloz que el caballo, ya le iba á los alcances y no distaba más de quince pasos del religioso. Dióse por perdido Fr. Juan Miguel, y hubiera perdido acaso la vida si no se hubiera encomendado á Rosa. ¡Cosa digna de admiración! Al nombre de Rosa, la bestia se paró, volvióse atrás, como si con un rayo la hu-

biesen espantado, y mirando con ceño á Fr. Juan, sin dar un paso se quedó en el puesto, hasta que se puso en salvo muy lejos de la fiera.

Al mismo religioso le sucedió otro caso de menos susto y de mucho gusto, en el río del lugar de Misque, que abunda de peces, que llaman bocos los naturales. Fué un día á pescar á este río en compañía de Fr. Jerónimo Lambrano y de un indio; tendían las redes á un mismo tiempo el indio y Fr. Jerónimo, aquél hizo lance, aunque pequeño; este otro ni un solo pez cogió, no con poca desazón suya. Rogábale Fr. Juan que otra vez volviese á tirar las redes, y á cada vez que las arrojaba decía: «En nombre de la bendita Rosa sea feliz este lance.» A estas palabras obedecía Fr. Jerónimo; pero no los peces, pues en doce veces no se cogió ninguno. Viendo esto Fr. Juan y sospechando lo que ello era, dijo: «Ea, Fr. Jerónimo, confiesa la verdad. No es así que dudas en tu corazón de la santidad de Rosa?» Respondió él entonces con algún enfado, que así lo sentía, y que mejor fuera haber invocado á alguno de los que con toda certeza tenemos por santos, que no echar tantos lances en nombre de quien estaban inciertos si reinaba con Dios en la gloria. Pero á esto replicó Fr. Juan: «Procura, hermano mío, desterrar las dudas, y tener por santa á Rosa, y después echad por mi cuenta las redes, y veréis maravillas.» Hízolo así, tiró las redes y súbitamente fué tanto el número de peces que cogió, que apenas podía con ellos, por causa de ser tan grande el peso y la multitud de que estaban llenas las redes.

Pasemos á hablar de cosas de mayor interés espiritual. El año de mil seiscientos treinta, servía en el convento de Santa Clara de Lima Cristina Angela, esclava, y servía contra su voluntad. Presentósele cierto día una ocasión muy propicia para huir. Halló abierto un postigo de la puerta, advirtió que nadie la miraba, y como el pez se desliza de la nasa, por allí se escapó con silencio; huyó del convento y escondióse en una casa

de la ciudad. Hacía oficio de portera en aquella ocasión la Madre Rafaela de Esquibel, que conociendo había de atribuírsele todo el daño de la fuga, el desdén de su descuido, y la ofensa, pesadumbre y disgusto que de ello habían de recibir las religiosas; temerosa de tanto tropel de sinrazones, como se le ofrecían, después de haber hecho cuantas diligencias eran posibles por descubrir á la esclava, sin que por ellas se hallase noticia alguna, acogiéndose al auxilio de Rosa, y encomendándole el desconsuelo en que se veía, la pidió con instancia que hiciese de modo que la esclava se restituyese al monasterio. La misma noche que se siguió á la súplica vió en sueños á la virgen gloriosa, con resplandeciente rostro y hábitos blancos, que la decía: «Por la mañana recobraré el convento á Cristina.» La religiosa despertando con el gozo de visión tan clara, y con mayor esperanza, volvió á encomendar devotamente á Rosa el buen suceso en negocio que tanto le importaba, y tornó luego á dormirse. A las cinco de la mañana del día siguiente hallaron á la esclava, y habiéndola reprendido su desacierto, la volvieron al monasterio.

No fué menor el beneficio que reportaron Alejandro y Francisco de Coloma, por haberse encomendado á la santa en ocasión algo parecida á la anterior. Habían pagado los réditos de un censo muy subido al convento de Santa Clara de Guamanga y habían recibido la carta de pago. Pasado largo tiempo, volvieron á pedirles la deuda; ellos decían que ya la habían satisfecho; pero pedíanles la carta de pago. Buscáronla y no pudieron hallarla. Bien cierto estaba Francisco que la había puesto en uno de los cajones de su escritorio, bien se acordaba cuál de ellos era; pero no hallándola, juzgaba que se la habían fraudulentamente quitado. Mil veces revolviéron los dos hermanos el escritorio, examinando los cajones, remirando los papeles uno á uno; todos estaban allí, menos la carta de pago que andaban buscando. Acongojado con esto Francisco valiése de Rosa, cuyos favores ya había en otras ocasiones experimen-

tado; y concibiendo nueva esperanza, que á su parecer le llenaba de seguridades, encargó á su hermano que volviese á repasar los papeles del escritorio. El decía que era cansarse en valde. Instaba Francisco que hiciese esta diligencia para consuelo suyo y que volviese á buscar el papel que se le había desaparecido de entre las manos. Al fin por darle gusto volvió Alejandro á dar vuelta al escritorio con mucha prisa, como cosa desesperada. ¡Cosa admirable! en el mismo cajón que tantas veces habían revuelto se halló la carta de pago muy bien doblada, con su membrete escrito de otra letra, aunque muy bien formada; como si en aquel instante la hubiesen puesto allí sin que nadie lo viera.

Al P. Fr. Diego de Arratia, de la Orden de Predicadores, habiendo caminado desde el convento de Panamá al de Lima, en lo más riguroso del estío, mudando el clima se le recrudecieron unas tercianas que había padecido antes, hasta el punto de que en breve tiempo le redujeron á lo último de la vida. Mandó el médico que le diesen con toda prisa los Sacramentos, porque fuera de las tercianas, se le había hinchado el vientre á causa de la mucha agua que había bebido. A esto se añadía que los medicamentos que aplicaban al vientre para que se aliviase las calenturas, en lugar de mejorarle iban aumentando el achaque. Por lo cual el M. R. P. Fr. Gabriel de Zárate, que era entonces Provincial, avisó al enfermo del peligro en que estaba su vida, amonestándole que se dispusiese para morir, como buen religioso. El P. Fr. Diego ocultamente hacía á Dios votos por su salud y rogaba á Rosa que intercediese por él. Sólo le restaba sufrir una operación larga y dolorosa, con lo que acaso podría recobrar la salud y evitar el peligro de muerte en que se hallaba. En trance tan apurado volvió de nuevo á implorar con más instancias á Rosa. No fué necesario más para que desapareciesen á la vez la hinchazón y la calentura. Huyó esta, á pesar de hallarse tan arraigada, y con admira-

ción de todos se levantó Fr. Diego para cumplir alegre sus votos.

Isidra de Montalvo, sobre ser de edad avanzada, padecía continuas calenturas y muy congojosas, hacía dos meses. Negaban los médicos que una mujer tan adelantada en días y de fuerzas tan consumidas pudiese librar la vida con los medios que alcanza la medicina. Y así desahuciada de ellos, apeló á Rosa para conservar la salud y la vida. Al mismo tiempo convaleció enteramente y vivió sin enfermedad alguna muchos años.

Abrasaba todo el cuerpo de Josefa de Torres el fuego que los médicos llaman erisipela, y podrida la sangre se había encendido con el calor de las calenturas. Por todas partes se levantaban ampollas y en tres semanas redujeron á la enferma á tal extremo, que la vieron sus familiares sin habla, sin pulso, ni movimiento, y juzgaron que había expirado. Sobresaltados los circunstantes, con voces muy altas imploraron el patrocinio de Rosa para que alcanzase de Dios que Josefa tuviese lugar para confesarse. Pero la virgen les concedió más de lo que pedían, pues volvió en sí la enferma, confesóse y en breve tiempo recuperó la salud perdida.

Los desmayos, entorpecimiento de algunos miembros del cuerpo, los dolores de estómago y los pasmos habían puesto en tan peligroso estado á María, india, de edad de 21 años, originaria del reino de Chile, que servía á las religiosas en el convento de la Encarnación de Lima, que ni una gota de agua podía pasar, y mucho menos la comida ó cualquier otra cosa, por pequeña que fuese. Desahuciada de los médicos, solo trataba de recibir los Sacramentos del Oleo y Viático. Cuando le ungían los piés, le aconsejaron el sacerdote y las monjas que se encomendase muy de veras á Rosa y la pidiese salud; y desde aquel momento, sin más remedio humano, comenzó á convalecer, y dentro de pocos días prosiguió como antes en servir al convento.

Con perlesía de un año tenía imposibilitados el brazo y la mano Antonio de Umbella, artista de oficio, sin que ningún remedio le hubiese hecho provecho. Oyendo los prodigios que cada día se obraban en el sepulcro de Rosa, con que tanto resplandecía su gloria, determinóse á valerse de este remedio; puso el brazo sobre el sepulcro, hizo oración brevemente y luego pudo sin dificultad abrir la mano que había tenido tanto tiempo cerrada; después extendió el brazo y volvió desde entonces á trabajar en su oficio.

A María Sánchez, de edad de nueve años, había maltratado tanto una caída, que tullida de las piernas y perdido el uso de los piés, ni podía estar sentada ni tampoco en pie. Y así se vió obligada á estar de continuo en la cama. Sus padres, prometiendo hacer una novena en el sepulcro de Rosa, hiciéronla llevar y pusieronla tendida boca abajo sobre el sepulcro. En llegando el noveno día trajo salud cumplida á la enferma, alegría y consuelo para sus padres, porque puesta sobre el sepulcro en la forma dicha, se puso en pie de repente; sin sentir mal ninguno, pudo andar y fuese corriendo á los brazos de su padre, que tomándola de la mano la paseó mucho tiempo por el claustro, y desde allí la llevó á su casa. Y la hija iba corriendo delante de su padre, como si nunca hubiera sentido en los piés dolencia alguna.

María Farfán, niña de tres años, mientras que sin tino ni acuerdo la curaba su madre de un pasmo importuno y rebelde á todo tratamiento, hinchándosele las piernas, perdió la facultad de poder dar siquiera un paso; de tal modo, que como si de medio cuerpo abajo estuviera muerta, sólo podía mover las manos, arrastrando por el suelo lo restante del cuerpo. Seis meses enteros pasó esta desconsolada criatura con su accidente; hasta que elevado el cuerpo de Rosa en el túmulo de la iglesia de Santo Domingo, la llevaron allí, donde tocó dos ó tres veces el rostro de la virgen. Cesó la hinchazón, restituyóse la niña á sus padres con salud perfec-

ta y al cabo de dos días corría por la casa, sin que fuese necesario aplicarle ningún otro remedio.

Luis Rodríguez, sastre, natural de Méjico, que vivía con su madre Juana de Vargas, viuda, encogidos los nervios, no pudo andar ni asentar los piés en el suelo por espacio de dos meses y eran grandes los dolores que padecía. Los cirujanos, después de aplicadas medicinas de menor cuenta, declararon que sin aplicarle ungüentos no podían aliviarle, aunque el remedio era de mucha costa. Lloraba amargamente su madre, viendo que ni el corto caudal suyo ni el de su hijo bastaba para tan costosa cura. Llena, pues, de confianza la viuda levantó los ojos al cielo, rogó á Rosa; prometiendo juntamente con su hijo hacer una novena en su sepulcro. Al día siguiente de darla principio, volviéndose á casa, halló que su hijo ya podía tenerse en pie y dar algunos pasos. Aún no se había llegado el noveno día y ya Luis salía de casa y podía ir á visitar el sepulcro de Rosa.

Muy semejante á este fué el beneficio que recibió la viuda que hemos dicho, pues convaleció de repente del tormento é hinchazón de entrámbos piés, luego que con lágrimas invocó el patrocinio de Rosa, prometiendo también hacer una novena en su sepultura, á que dió principio al siguiente día. Apenas hizo la promesa se encontró sana de los piés y llena de alegría.

Cristóbal Pérez, secretario de la Audiencia, había ido á pasar algunos días con su familia á una quinta suya que estaba en el valle de Luriganche. Desde allí pasó á recrearse un día á los montes cercanos, que poblados de espesura y de verdor ofrecían distracción y descanso al ánimo fatigado por las continuas ocupaciones. Habiendo sido grandes las lluvias, estaba la tierra resbaladiza, por lo cual vino á precipitarse él y su caballo en una fosa de cuatro varas de alto. Acudió corriendo su mujer asustada, acompañada de los domésticos, y halló que le había cogido debajo el caballo. Con la fuerza de la caída comenzó también á caer tie-

rra movediza, hasta el punto que casi tenía enterrados al caballo y al caballero. El caballo haciendo esfuerzos por verse libre de la tierra que sobre sí tenía y ponerse en pie, golpeaba y lastimaba al secretario, estrivando con los piés y las herraduras sobre su cuerpo. Estuvo así por espacio de un cuarto de hora, y como estaba embargado de la gota en los piés y las manos, no podía moverse ni ayudarse. A este tiempo la gente de su casa puesta á la boca de la fosa daba gritos, lloraba su mujer y finalmente todos invocaron en su favor á Rosa. Oyólo Cristóbal, y aunque estaba luchando con el peso de la tierra y del caballo, también comenzó a implorarla. Y al punto se levantó el caballo sin hacerle daño, bajaron al hoyo los criados, sacáronle sin riesgo, cuando unos pensaban hallarle muerto y otros juzgaban que moriría muy presto; pero el secretario, conociendo que este beneficio venía de la mano de Rosa, para que todos lo conociesen, ni quiso sangrarse ni usó de otra medicina.

Por lo mismo que fué más lamentable la caída de Antonio de Terrabeán, esclavo y muy cargado de años, así fué más admirable el haberle librado la intercesión de Rosa. A éste estando á la muerte asistía María de la Oliva, madre de la virgen, velándole á tiempo de media noche. Antonio al querer volverse del otro lado, como era angosta la cama cayó en el suelo. Congojada la matrona, y viendo que ni el enfermo tenía fuerzas para volver al lecho, ni ella bríos para levantarlo del suelo, llamó en su ayuda á su hija, para que desde el cielo viniese á socorrerla. Llena de fe cogió en los brazos, como si fuera un niño de tres años, al anciano esclavo, con ser corpulento y estar medio muerto; levantólo del suelo, acomodólo en la cama, arropólo y admirada de lo mismo que estaba obrando, conoció que su hija Rosa era quien le daba las fuerzas.

En Lima una mujer cruel, cuyo nombre se calla en los procesos, aborrecía profundamente á su marido, para acabar de una vez con él y quitarle delante de sus

ojos que tanto se ofendían con su vista, ocultamente le dió en la bebida un veneno tan eficaz, que antes que pudiesen aplicarle remedio le quitasen la vida arrebatadamente. Apenas el marido había aplicado la bebida á los labios; cuando interrumpido el aliento se puso todo hinchado; luego se siguió un desmayo, helóse el cuerpo, temblábanle las carnes y vueltos los ojos sólo respiraba las últimas agonías con que el alma se despedía. En este mortal conflicto, que duraría cosa de un cuarto de hora, le vino á la memoria valerse del amparo y patrocinio de Rosa. Y mientras que el veneno iba caminando con toda prisa al corazón para acabar con la vida, haciendo el último esfuerzo y recogiendo antes cuanto pudo el aliento, prorrumpió en estas tiernas voces: «Santa Rosa, socórreme, y yo prometo hacerte una novena.» Quedóse fuera de sí la perversa mujer, oyendo que su marido invocaba en su favor el nombre de Rosa, y desesperada de que el veneno surtiese efecto, ella misma se hirió mortalmente con un cuchillo. El marido, sin usar de otra triaca, arrojó de sí el veneno, se levantó de la cama al día siguiente, y no olvidado de su promesa, fué á cumplirla al sepulcro de la sierva de Dios.

